

Verdad y política en las *Empresas* de Saavedra Fajardo

FRANCISCO VIVAR

The University of Memphis

En un artículo publicado en *El País* con el título «George W. Bush o la edad de la mentira», nuestro admirado José Saramago nos ofrece una síntesis de la situación moral que vivimos actualmente: la ley de nuestro mundo es la mentira. Comienza el autor portugués con unas palabras de *La Política* de Aristóteles en un intento de recordarnos el imperativo número uno del Estado: «El Estado es la forma superior de moralidad». Teniendo presente este ideal del pensamiento occidental Saramago inmediatamente afirma que «la sociedad actual está impregnada de mentira como de la peor de las contaminaciones morales, y él [George W. Bush] es uno de los mayores responsables de este estado de cosas. La mentira circula impunemente por todas partes, se ha erigido en una especie de otra verdad». Es evidente que el Estado –o la democracia– ya no se encuentra a la altura del sistema de valores que deseaba Aristóteles, ni a la que desearía Saramago. Hoy día la mentira es la situación moral dominante, que ni siquiera se encubre con el disimulo. Había avisado de ello Franz Kafka cuando afirmaba que la mentira se había convertido en el siglo XX en «principio universal». Ahora en el siglo XXI si el presidente del Imperio miente, a todos los súbditos nos está permitido también la mentira, pues nos miramos en el espejo del poderoso para imitar sus costumbres. La verdad se ha vuelto problemática porque es difícil distinguirla de la mentira. Es más, la mentira se ha convertido en «otra verdad», todos colaboran para que lo falso pase por verdadero. El problema de que haya tantas mentiras en esta época es que lo aceptamos como un hecho inevitable. De esta manera, surge como sospecha que confundir la verdad, tergiversar la verdad, está en la naturaleza del campo político¹.

1. Harry G. Frankfurt reivindica la importancia de la verdad ante la indiferencia mostrada por el pensamiento postmodernista: «It is only through our recognition of a World of stubbornly independent reality, fact

El conflicto de verdad y política posee una larga tradición histórica y está lleno de complejidad. Anna Arendt en el ensayo «Verdad y política» estudia este problema desde Platón hasta el pensamiento contemporáneo. Comienza con estas contundentes palabras:

Nadie ha dudado jamás que la verdad y la política nunca se llevaron demasiado bien, y nadie, por lo que sé, puso nunca la veracidad entre las verdades políticas. Siempre se vio a la mentira como una herramienta necesaria y justificable no sólo para la actividad de los políticos y los demagogos sino también para la del hombre de Estado. (Arendt, 2003: 347)

La verdad tiene una fuerza propia y no posee sustituto alguno, pero es impotente frente a los poderes establecidos. La mentira siempre se ha visto como necesaria. La mentira ocupa un lugar privilegiado en la política, ya que se la considera un instrumento necesario y legítimo para uso del político y del hombre de Estado². Por esta razón, Anna Arendt después de hacer un repaso de las diferentes posiciones filosóficas y políticas respecto al uso de la verdad afirma de manera tajante que «la veracidad jamás se incluyó entre las virtudes políticas, porque poco contribuye a ese cambio del mundo y de las circunstancias que está en las actividades políticas más legítimas» (Arendt, 2003: 384)³.

Estos dos comentarios de Anna Arendt nos abren una perspectiva interesante para interpretar la verdad y la política en las *Empresas* de Saavedra Fajardo. ¿Es la mentira una herramienta necesaria para el rey y sus ministros? ¿Cuál es el valor de la verdad en el campo político español del siglo XVII? ¿No es la mentira un ataque a la autoridad del rey y a la cohesión social? ¿Hasta qué punto es capaz la verdad de sobreponerse a la mentira en la actuación política? Para responder con claridad a estas preguntas debemos comenzar por explicar la importancia del lenguaje en la política.

Como sabemos, desde las asambleas ciudadanas celebradas en la antigua democracia griega hasta los más recientes debates televisivos a los que asistimos como espectadores, en política todo se centra alrededor del lenguaje. La palabra se sitúa en el principio y en el fin de la política. Lo que distingue al ser humano de los animales, según Aristóteles, es la palabra: «sólo el hombre, entre los animales, posee la palabra»; para inmediatamente señalar la doble condición de su uso: «La palabra existe para manifestar lo conveniente y lo dañino, así como lo justo y lo injusto» (Aristóteles, 1994: 43-44). Por su parte Saavedra Fajardo dice que «es la lengua un instrumento por quien explica sus conceptos el entendimiento», y señala la importancia de la palabra con una cita de Alfonso X en

and truth that we can both to recognize ourselves as being distinct from others and to articulate the specific nature of our own identities» (Frankfurt, 2006: 101).

2. «La verdad, aunque impotente y siempre derrotada en un choque frontal con los poderes establecidos, tiene una fuerza propia: hagan lo que hagan, los que ejercen el poder son incapaces de encubrir o inventar un sustituto adecuado para ella. La persuasión y la violencia pueden destruir la verdad, pero no pueden reemplazarla» –en palabras de Anna Arendt (2003: 396)–.

3. Sin embargo, para Anna Arendt hay una situación excepcional donde la verdad se impone como necesaria: «Solo cuando una comunidad se embarca en la mentira organizada por principio y no únicamente con respecto a los particulares, la veracidad como tal, sin el sostén de las fuerzas distorsionantes del poder y el interés, puede convertirse en factor político de primer orden» (Arendt, 2003: 384). Anna Arendt también señala que la mentira moderna ya no tiene límites, mientras que en las «sociedades premodernas» estaba circunscrita a un campo limitado de la política como la diplomacia, la razón de Estado, etc.; en *op. cit.*

las *Partidas*: «el seso del ome es conocido por la palabra» para a continuación decir que «son las palabras el semblante del ánimo» (278-9). El diplomático español nos presenta su propia definición para enlazarla con la tradición histórica. La palabra tiene un valor inconmensurable ya que nos identifica y ofrece nuestra imagen ante los demás. La palabra es el espejo del hombre y el lenguaje es el espejo del mundo que nos rodea. Como consecuencia, la palabra tiene un valor fundamental para el rey: «Así el Príncipe es un reloj universal de sus Estados, los cuales penden del movimiento de sus palabras..., las palabras de los reyes son los principales instrumentos de reinar» (280). Todo el gobierno del rey gira alrededor del lenguaje. Los vasallos actúan de acuerdo con las palabras del rey. El hombre se instala en el mundo a través de la palabra y el rey se agarra a la palabra para gobernar a los hombres. El gobierno está basado en la palabra del rey; por lo tanto, el uso de la palabra se convierte en valor fundamental.

Después de la definición del lenguaje y de explicar la importancia que tiene para el rey, Saavedra se detiene en el uso de la palabra. Como todos los comienzos, ya sean de la historia o de las naciones, el uso de la lengua nos devuelve al Paraíso. Al principio parece que las relaciones humanas eran más sencillas que en el presente, las palabras también más inocentes. Existía una relación cordial entre los hombres y el lenguaje. Así, para Saavedra Fajardo la propiedad de poder hablar se nos dio para que los hombres pudieran comerciar y «para que se descubriesen los afectos internos de amor y benevolencia, le dio la voz articulada, blanda y suave, con que explicase sus conceptos» (833). Existe una correspondencia perfecta entre la naturaleza del ser humano y el lenguaje. El amor y la benevolencia que se profesan los hombres se corresponden con la pronunciación de una voz blanda y suave. Nos encontramos en la utópica edad de oro de los comienzos, en el pasado remoto donde existió una sociedad perfecta. La palabra es inocente como los hombres. Es el regreso a la mitología de la creación, a ese principio cuando al ser humano se le otorgó una sola lengua. En el origen era una lengua tautológica ya que existía absoluta correspondencia entre el nombre y la cosa. Por lo tanto, no existía la mentira ni la falsedad, solo la verdad debido a la correspondencia entre la palabra y el mundo. En su origen concuerdan acción y palabra. Es un sueño muy viejo inducido por un presente en el que abundan la desdicha y la maldad⁴.

Sin embargo, esta situación idílica, que podría haber sido eterna, tuvo un final desdichado. El tiempo de la Armonía deja paso al de la Caída y expulsión del Paraíso. Se produce una fractura. La palabra y la cosa, el pensamiento y su articulación ya no se corresponden orgánicamente, se interponen algunos elementos entre el significante y el significado, entre la palabra y el hecho. Para Saavedra la causa de esta fatalidad –del pecado– es clara. El pasado dichoso ya no puede volver nunca en la tierra porque en el hombre se han metido el interés y la ambición de sus pasiones: «Es, pues, el hombre el más inconstante de los animales, a sí y a ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interés y la pasión se va mudando. No cambia más semblantes el mar que su condición... Con las palabras, la risa y las lágrimas encubre lo que tiene el corazón» (547). La maldad del

4. Véanse los ensayos de Isaiah Berlin «La persecución del ideal» y «La decadencia de las ideas utópicas en Occidente» en *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*.

hombre, manifestada en el daño que produce a otros animales y a sus semejantes, se convierte en circunstancia objetiva. Con el paso del tiempo la benevolencia deja su lugar a la pasión y al interés, que mueven las acciones del ser humano. El hombre abandona su inocencia y se convierte en un ser peligroso, del que no nos podemos fiar por su condición cambiante. Saavedra está de acuerdo con otros escritores barrocos en que el hombre es malo. Es, precisamente, la maldad humana la que exige una moral de acomodación, el comportamiento del hombre se tiene que adecuar a la maldad humana. Con esclarecedoras palabras lo explicaba José Antonio Maravall (1976: 171): «Ningún enemigo mayor del hombre que el hombre». Y desde esta base viene determinada en su necesidad la moral de acomodación de un escritor barroco», y añade que «guardarse del otro» era un principio fundamental, de ahí se recomienda «una acomodación que supere su amenaza». Es este pragmatismo el que pondrá a Saavedra en dificultades cuando tenga que defender la verdad como única opción para el príncipe, como veremos más adelante.

Por lo tanto, y moviéndonos otra vez al lenguaje, debido a la maldad humana la voz blanda dejará paso a la simulación. Saavedra pierde la confianza en el hombre, y su actuación le resulta siempre sospechosa. Las palabras, las risas y las lágrimas son manifestaciones infractoras de toda regla moral, porque son utilizadas para ocultar los verdaderos móviles de las acciones. La malicia y el hombre se consideran circunstancias complementarias. La mayor oposición se establece entre lo que vemos y lo que no podemos ver, entre lo interior y lo exterior, entre el corazón y el cuerpo, entre la esencia y la apariencia. El egoísmo del interés, la pasión de la ambición han llevado al hombre hacia la maldad y, como consecuencia, tiene que ocultar sus verdaderas intenciones: el interés ataca la verdad para falsificar los hechos⁵.

La imagen desolada y peligrosa del hombre, que presentan las *Empresas*, encuentra su correspondencia en la política de su tiempo. Con palabras de Saavedra Fajardo: «La política destes tiempos presupone la malicia y el engaño en todo, y se arma contra él de otros mayores, sin respeto a la religión, a la justicia y fe pública. Enseña por lícito todo lo que es conveniente a la conservación y aumento...» (764). El engaño domina la política y sólo es sustituido por otras mentiras mayores aun. La dignidad ontológica que formaba la naturaleza original del lenguaje se ha perdido en «la política destes tiempos».

Como vemos, Saavedra admite la imperfección del hombre, admite su maldad, debido al interés que mueve las acciones humanas, y reconoce la corrupción del lenguaje en la política. Sin embargo, como autor cristiano que es, aspira a encontrar algo superior que carezca de esta desgraciada precariedad. Y lo encuentra en el Príncipe, encarnación de la verdad. Es en la figura del Príncipe donde intenta resolver la contradicción entre una política pragmática y otra cristiana. Cuando una la palabra verdad al Príncipe,

5. Hobbes se consolaba con la existencia de una verdad indiferente, compuesta de temas que no preocupan a los hombres. Estas son sus palabras: «Pues no pongo en duda que, de haberse opuesto al derecho de dominio de cualquier hombre, o al interés de los dominadores, la doctrina según la cual los tres ángulos de un triángulo deben ser iguales a los ángulos de un cuadrado hubiera sido no ya disputada, sino suprimida de raíz y quemados todos los libros de geometría en la medida del poder de aquel a quien interesara» (*cit. en op. cit. de Arendt, 2003: 352*). Para Hobbes, pues, la verdad es posible siempre que no interfiera con la ambición de poder o el deseo de dominio del hombre, los hechos comprobables se cambian cuando los sometemos al interés político.

Saavedra intenta apartar el disimulo y la simulación de la actuación política. Se aleja del pragmatismo y se mantiene en la ilusión del ideal del príncipe cristiano. Por supuesto, mantener el equilibrio en cuerda tan inestable es difícil, las contradicciones son inherentes a la complejidad del problema; pero el objetivo es no convertir al príncipe en demasiado humano. Veamos este proceso de idealización.

Es necesario salvar al lenguaje para que concuerde con la naturaleza del Príncipe. El rey está unido al lenguaje y no se puede separar lo que es de lo que dice. Por lo tanto, el rey posee la fuerza de la palabra y la verdad se convierte en una obligación. La verdad es un elemento fundamental para la construcción de la imagen del Rey. Para formular la base de su pensamiento, el diplomático español acude de nuevo a la historia antigua. En Egipto el príncipe llevaba sobre el pecho un zafiro, «cuyo nombre retrae al de la verdad», y para manifestar su fe y la importancia de la verdad para el príncipe añade que «ninguna cosa más eficaz que ella para deshacellos [engaños] y para tener lejos la mentira, la cual no se atreve a miralla rostro a rostro» (286). Se produce de nuevo una idealización de un tiempo pasado que se toma como ejemplo para un presente dominado por «la malicia y el engaño». La verdad se rehabilita en contra del mal y la mentira. Siguiendo esta línea de razonamiento, Saavedra acude a la historia de los reyes de España para asegurar que ellos han estado libres de la mentira y de la malicia que han tenido otros reyes extranjeros. Y los monarcas españoles han conseguido este estado de perfección, a pesar del enorme peligro que siempre les ha acechado, pues «cuanto son mayores las monarquías, más sujetas están a la mentira» (288). Los reyes españoles siempre han despreciado la envidia y la murmuración de otros reyes, porque su grandeza ha levantado las tinieblas que siempre han sobrevolado su reino; porque, además, la mentira y la calumnia «la grandeza las derriba con la fuerza de la verdad, como sucede al sol con los vapores» (289). La verdad era un atributo de los príncipes egipcios y lo ha sido de los reyes españoles desde la antigüedad. De las características que constituyen al rey, la verdad se eleva por encima de todas. Nos encontramos en el espacio utópico de la antigüedad y de la tradición histórica que no se someten a análisis. En los antiguos se pueden ver ejemplos de verdad, de virtud que brillan por su grandeza. Sin embargo, como ha señalado Saavedra anteriormente, la política «destos tiempos» está dominada por la malicia y el engaño. Pero, ¿cuáles son las formas de la mentira? ¿cómo puede defenderse el rey?

Efectivamente, el príncipe no se puede fiar de nadie. Los peligros lo acechan por todos lados. El mundo está dominado por la maldad y todos los que rodean al príncipe actúan con la mentira: «No se fíe el príncipe poderoso de las demostraciones con que los demás le reverencian; porque todo es fingimiento y diferente de lo que parece» (543). Es imposible descubrir el significado y la causa de las acciones de los hombres que se acercan al rey. Saavedra advierte al príncipe que los cortesanos son actores muy ejercitados en las «artes de la disimulación», que ya no permiten distinguir entre la esencia y la apariencia, ya nada es lo que parece. Además, junto a la disimulación aparece la elocuencia. Todo está dominado por la apariencia y las palabras encubren su verdadera intención con el ropaje que le proporciona la elocuencia: «¿Qué es la Elocuencia, vestida de tropos y figuras, sino una falsa apariencia y engaño, y nos suele persuadir a lo que nos está mal?» (552). Aquella voz «articulada, blanda y suave» de los primeros tiempos del hombre con el aprendizaje de la elocuencia parece dulce, pero para engañar: «¡Cuántas

veces en los hombres es sonora y dulce la lengua con que engañan, llevando a la red los pasos del amigo» (857). La lengua se convierte en una herramienta de engaño, capaz de confundir hasta a quien mejor te conoce: tu propio amigo. La mentira se enmascara para que no pueda ser reconocida.

Se había criticado durante mucho tiempo a los sofistas por el uso del lenguaje. Sin embargo, la actitud sofista había cobrado un nuevo impulso en Maquiavelo que de nuevo va a dar preeminencia a lo que parece sobre lo que es. En opinión del humanista italiano era muy importante para el príncipe aparentar ser bueno. El político, al utilizar la bestia, debe saber elegir «la zorra y el león», porque la solución estaba en convertirse en «un gran simulador y un gran disimulador», ya que los hombres son inocentes y proclives al autoengaño: «el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar» (Maquiavelo, 1995: 91)⁶. Por el contrario, Saavedra Fajardo regresa al orden moral cristiano y con rotundidad ataca el modelo de actuación del príncipe del italiano: «cuan impío y feroz es el intento de Maquiavelo, que forma a su príncipe con otro supuesto o naturaleza de león y de raposa, para que lo que no pudiese alcanzar con la razón, alcance con la fuerza y el engaño» (525). Maquiavelo desvaloriza el ideal de la verdad estimulando sistemáticamente la necesidad de las circunstancias que obliga al príncipe a cambiar su comportamiento según la situación. Saavedra acepta la licitud de la disimulación para los políticos en caso de necesidad, pero precisa salvar al Príncipe idealizando su figura con la veracidad. Entiende que una actuación política basada en la necesidad del momento queda desprendida de la dirección de la doctrina cristiana y, como consecuencia, convierte al príncipe en demasiado humano⁷.

Ahora bien, Maquiavelo incorpora la mentira en el comportamiento del príncipe debido a los peligros de este mundo y a la malicia del hombre. Y esta misma situación es la que observa Saavedra Fajardo. ¿Cómo puede el príncipe usar siempre la verdad en un mundo dominado por la maldad y por los malvados? El autor italiano centra su investigación en el poder y lo hace sin ideas preconcebidas, con total imparcialidad. Su experiencia diplomática le otorga el juicio, conoce a los que ejercen el poder y ha leído con atención los libros clásicos donde se expone el comportamiento de los poderosos. El autor español dispone también de la experiencia diplomática y ha leído los libros clásicos; pero sus juicios están atados a la religión cristiana. La necesidad de Maquiavelo desencadena un proceso de desacralización del poder⁸. La aceptación del carácter sagrado del poder del rey constituye el canon del pensamiento político cristiano de Saavedra. Si

6. El capítulo XVIII de *El Príncipe* insiste en la práctica de la mentira y de la hipocresía para conservar el Estado.

7. José Antonio Maravall explica la situación de los escritores antimaquiavelistas con estas palabras: «Uno de los ataques más repetidos de los escritores antimaquiavelistas es la de convertir la religión en *instrumentum regni*, puesto que el antimaquiavelista es providencialista, tiene que reaccionar «contra el proceso de secularización que el pensamiento de Maquiavelo tanto contribuyó a acelerar en el siglo XVI» (Maravall, 1976: 70-71). En este sentido, Pilar Pedraza, al estudiar el silencio en los tratadistas del Barroco, afirma que «Saavedra, que en todo se muestra pragmático y cuyos consejos encubren malamente una fundamental incoherencia, que no es sino producto de la complejidad de los problemas que aborda, a menudo deja traslucir en sus escritos lo que se ha calificado certeramente de "maquiavelismo de los antimaquiavelicos"» (Pedraza, 1985: 44).

8. Véase Vivar (2008).

separa la verdad del príncipe, éste se aleja de Dios para acercarse al hombre. El príncipe siempre tiene que tener la verdad unida a su nombre. Cuando todo se derrumba, la verdad asociada al rey sigue siendo la única garantía de seguridad y de autoridad. Por esta razón, esta difícil paradoja sólo se ha podido resolver idealizando la figura del príncipe cuando viene asociado con la palabra verdad⁹.

Para Saavedra el rey es el representante de Dios en la tierra. Por lo tanto, tiene obligaciones superiores hacia Dios que nunca se deben modificar para conservar el poder y para mantener limpia su imagen que debe quedar intacta, luminosa como el sol. La verdad es responsabilidad del rey y debe ponerla en práctica como imperativo número uno de su actuación política. Es verdad que «todo es fingimiento» y que los políticos conocen y usan constantemente las «artes de la disimulación». Sin embargo, afirma el diplomático español, «mejor están... en los ministros que en los príncipes; porque en éstos hay una oculta divinidad que se ofende deste cuidado» (543). El nombre del príncipe debe quedar limpio. Es necesario salvar la pureza de su habla, que es lo que le acerca a Dios para distinguirlo de todos los seres humanos. La fe en el uso de la verdad es importante para seguir manteniendo idealizada la figura del príncipe. Todos pueden disimular o mentir, pero él no. Incluso cuando mientan o disimulen sus ministros, que sí que pueden hacerlo, no deben manchar al príncipe: «Solamente puede ser lícita la disimulación y astucia cuando ni engañan ni dejan manchado el crédito del príncipe» (529). En un mundo lleno de imperfecciones y entre hombres llenos de maldad, el príncipe debe quedar limpio de toda impureza. Su figura gana intensidad luminosa con la verdad, como el sol, para poder alejar de sí la mentira. Esta sólida fe en la verdad, nos revela una expectativa aun más sólida en la dificultad de mantener la verdad en la vida política. Esta contradicción entre el uso de la verdad por el rey y de la simulación por los ministros, nos indica que el rey no puede medirse con los ministros, él tiene un carácter sagrado. Pero en la revelación de la paradoja, parece que la lucha contra la mentira resulta vana. Saavedra mantiene la separación entre el rey y los ministros desde una base pragmática y no se enfrenta directamente a la paradoja de esta situación ya que afectaría a la imagen del rey¹⁰.

Sin embargo, el príncipe vive entre los hombres y la política está dominada por «la malicia y el engaño» ¿Dónde debe acudir el príncipe para aprender a gobernar? ¿Quiénes son sus maestros? De nuevo, Saavedra sale de la circunstancia para buscar en la Naturaleza la maestra del príncipe: «Huya el príncipe de tales maestros, y aprenda de la misma Naturaleza, en quien sin malicia, engaño ni ofensa está la verdadera razón de Estado» (764-5). Nuevo intento de salvar al rey, de situarlo por encima de toda circunstancia. La Naturaleza es un modelo fijo que se debe seguir. El comportamiento del rey

9. Roger Chartier afirma respecto al *Oráculo manual* de Baltasar Gracián: «De la contradicción nace la moral práctica propuesta por el texto, que debe dar armas contra los peligros de este mundo malo y los proyectos de los malvados. Frente a ellos, la prudencia es necesaria, el disimulo, justificado, la habilidad esencial» (2000: 167), para concluir que «*El arte de la prudencia* es en primer lugar un arte del disimulo» (2000: 170).

10. Como muy bien nos explica José Antonio Maravall «en quienes se mantienen en la línea dogmática del cristianismo se levanta una interna contradicción entre los principios éticos derivados de su fe religiosa y las exigencias prácticas de una moral de conducta, ajustadas a las que se estiman como nuevas pautas de la convivencia» (Maravall, 1976: 165); véase también el trabajo «Saavedra Fajardo: moral de acomodación y carácter conflictivo de la libertad» (en Maravall, 1976: 163-196).

nunca se debe modificar porque es principio de autoridad. Su maestra es la Naturaleza que nunca está sujeta a la corrupción.

El rey y la verdad representan para Saavedra Fajardo un regreso al orden moral que ha roto Maquiavelo. La malicia sobre la que se fundan las relaciones humanas está tan presente en el pensamiento de Saavedra como en el de Maquiavelo. Sin embargo, el diplomático español sabe que una actuación política basada en la necesidad del momento, desprendida de la sacralización del rey, deja al príncipe librado a sí mismo, al mismo tiempo que mina la autoridad. La verdad se convierte en imperativo número uno de la actuación del rey. La palabra verdad y rey siempre van juntas.

Y, podemos añadir para terminar, que a pesar de que la mentira política moderna ya no tiene límites, como declaraban Anna Arendt y José Saramago, la intención de verdad debe continuar siendo un imperativo categórico para los políticos contemporáneos. A este respecto, Hans Kung en un artículo publicado en *El País* recientemente comienza con estas palabras: «Una pregunta ética fundamental para el sucesor del presidente estadounidense George W. Bush es ésta: ¿Debe mentir el presidente? ¿Hay alguna circunstancia en la que la mentira esté justificada?» Hans Kung defiende el uso de la verdad en la política y nos recuerda la Declaración Universal de las Responsabilidades Humanas donde el artículo doce señala: «Nadie por importante o poderoso que sea, debe mentir», pero, además, en opinión de Kung «el juego sucio y los engaños no salen rentables a largo plazo. ¿Por qué? Porque minan la confianza. Y, sin confianza, la política constructora de futuro es imposible». Esperamos que algún político preste atención a tan bien intencionadas palabras.

Bibliografía

- ARENDE, A. (2003): *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona: Península.
- ARISTÓTELES (1994): *Política*, traducción, prólogo y notas de Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez. Madrid: Alianza.
- BERLIN, I. (2002): *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*. Barcelona: Península.
- CHARTIER, R. (2000): *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Madrid: Cátedra.
- FRANKFURT, H. G. (2006): *On Truth*. New York: Alfred A. Knopf.
- KUNG, H. (2008): «¿Está justificada la mentira en política?», *El País*, 18 de mayo.
- MARAVALL, J. A. (1976): *Estudios de historia del pensamiento español. Siglo XVII*. Vol. III, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- MAQUIAVELO, N. (1995): *EL PRÍNCIPE*. Madrid: Alianza.
- PEDRAZA, P. (1985): «El silencio del príncipe», *Goya*, 186-7, pp. 37-46.
- SAAVEDRA FAJARDO, D. (1999): *Empresas políticas*. Ed. Sagrario López, Madrid: Cátedra.
- SARAMAGO, J. (2004): «George W. Bush o la edad de la mentira», *El País*, 26 de octubre.
- VIVAR, Fco. (2008): «Cuando la necesidad se impone. (Una mirada sobre Maquiavelo, Lázaro de Tormes, Montaigne y Cervantes)», *Anuario de estudios cervantinos*, IV, pp. 299-316.